

PHILIP K. DICK

FLUYAN MIS LÁGRIMAS,  
DIJO EL POLICÍA

minotauro

## PRIMERA PARTE

¡Fluyan mis lágrimas, caídas de sus manantiales!  
Exilado para siempre, dejadme llorar.  
Permitidme que viva olvidado  
donde el negro pájaro nocturno canta su tristeza.

# 1

El martes 11 de octubre de 1988, el *Jason Taverner Show* quedó treinta segundos corto. Un técnico, mirando a través de la burbuja de plástico de la cúpula de control, congeló el título final en la sección de vídeo y agitó una mano en dirección a Jason Taverner, que había empezado a retirarse del escenario. El técnico dio unos golpecitos a su muñeca y luego señaló su boca.

Jason se acercó al micrófono y dijo lentamente:

–Sigán enviando sus tarjetas y sus cartas de aliento, amigos. Y mantengan la sintonía para *Las aventuras de Scotty, perro extraordinario*.

El técnico sonrió; Jason le devolvió la sonrisa, e inmediatamente quedaron desconectados sonido y vídeo. Su programa musical y de variedades, de una hora de duración, que figuraba en segundo lugar entre los mejores espectáculos de televisión del año, había terminado. Y todo había salido bien.

–¿Dónde hemos perdido medio minuto? –dijo Jason a su estrella invitada especial de aquella noche, Heather Hart. El hecho le intrigaba. Le gustaba cronometrar sus propios espectáculos.

–Es una minucia –dijo Heather Hart–. No tiene importancia. –Deslizó su fría mano a través de la frente ligeramente húmeda de Jason y frotó cariñosamente el perímetro de sus cabellos color arena.

–¿Te has dado cuenta del poder que tienes? –le dijo a Jason su representante, Al Bliss, acercándose, demasiado como

siempre, a él-. Treinta millones de personas te han visto superarte a ti mismo esta noche. Es todo un récord.

-Me supero a mí mismo todas las semanas -dijo Jason-. Es mi marca de fábrica. ¿Acaso es la primera vez que ves el programa?

-Pero, treinta millones... -dijo Bliss, con su redondo y enrojecido rostro salpicado de gotas de sudor-. Piensa en ello. Y luego se podrán explotar las grabaciones.

Jason replicó secamente:

-Estaré muerto antes de que puedan explotarse las grabaciones de este programa. A Dios gracias.

-Probablemente estarás muerto esta noche -dijo Heather-, con todas esas fans esperándote en la calle, dispuestas a cortarte en trozos tan pequeños como sellos de correos.

-Algunos de los que esperan son admiradores suyos, señorita Hart -dijo Al Bliss con su jadeante voz perruna.

-Malditos sean -dijo Heather en tono irritado-. ¿Por qué no se largan? ¿No están quebrantando alguna ley, por vagabundeo o algo por el estilo?

Jason se apoderó de su mano y la apretó fuertemente para atraer su atención. Nunca había comprendido la aversión de Heather hacia sus admiradores; para él eran la sangre vital de su existencia pública. Y para él, su existencia pública, su papel como presentador de fama mundial, era la vida misma.

-Con esos sentimientos -le dijo a Heather-, no tendrías que haberte dedicado a esta profesión. Abandónala. Conviértete en asistente social en un campo de trabajos forzados.

-Allí también hay gente -replicó hoscamente Heather.

Dos agentes de la policía privada se acercaron a Jason Taverner y a Heather.

-Procuraremos mantener despejado el pasillo -jadeó el más gordo de los dos agentes-. Salgamos ahora, señor Taverner. Antes de que la audiencia del estudio pueda bloquear las salidas laterales.

Hizo una seña a otros tres policías privados, que avanzaron inmediatamente hacia el cálido y atestado pasadizo que conducía finalmente a la calle nocturna. y allí estaba aparcada la aeronave Rolls en todo su lujoso esplendor, con su cohete de cola palpitando perezosamente. Como un corazón mecá-

nico, pensó Jason. Un corazón que latía solamente para él, la estrella. Bueno, por extensión, también palpitaba en respuesta a las necesidades de Heather.

Ella lo merecía; había cantado bien aquella noche.

Casi tan bien como... Jason sonrió burlonamente, en su fuero interno, para sí mismo. Diablos, enfrentémonos a ello, pensó. Ellos no conectan todos esos aparatos 3D de televisión en color para ver a la estrella invitada especial. Hay un millar de estrellas invitadas especiales esparcidas por la superficie de la Tierra, y unas cuantas en las colonias marcianas.

Los conectan, pensó, para verme *a mí*. Y yo siempre estoy allí. Jason Taverner no ha decepcionado nunca, y nunca decepcionará, a sus fans. Al margen de lo que Heather opine de los suyos.

–A ti no te gustan –dijo Jason, mientras se abrían trabajosamente camino por el recalentado pasillo que olía a sudor–, porque no te gustas a ti misma. En tu fuero interno piensas que tienen mal gusto.

–Son estúpidos –gruñó Heather, y maldijo en voz baja mientras su ancho y plano sombrero volaba de su cabeza y desaparecía para siempre dentro del vientre de ballena del estrujante grupo de fans.

–Son vulgares –dijo Jason, con sus labios en la oreja de Heather, parcialmente perdida en la gran maraña de brillantes cabellos rojos, la famosa cascada de cabello tan amplia y expertamente copiada en los salones de belleza de toda la Tierra.

Heather rechinó:

–No digas esa palabra.

–Son vulgares –dijo Jason–, y son retrasados mentales. Porque –Jason le mordisqueó el lóbulo de la oreja– eso es lo que significa ser vulgar. ¿De acuerdo?

Heather suspiró.

–¡Oh, Dios! Estar en la aeronave viajando a través del vacío... Eso es lo que anhelo: un vacío infinito. Sin voces humanas, sin olores humanos, sin mandíbulas humanas masticando chicle plástico en nueve colores iridiscentes.

–Los odias de veras –dijo Jason.

–Sí –asintió Heather enérgicamente–. Lo mismo que tú.

–Se detuvo un instante y volvió la cabeza para encararse con él–. Sabes que tu maldita voz ha desaparecido; sabes que te estás deslizando por la pendiente de sus días de gloria, y nunca los volverás a ver. –Le sonrió cálidamente–. ¿Nos estamos haciendo viejos? –dijo, por encima de los murmullos y los chillidos de los fans–. ¿Juntos? ¿Como marido y mujer?

Jason dijo:

–Los seises no envejecen.

–Oh, sí –dijo Heather–. Sí que envejecen. –Empinándose, tocó su ondulado cabello castaño–. ¿Cuánto tiempo hace que te los tiñes, cariño? ¿Un año? ¿Tres?

–Entra en la aeronave –dijo Jason bruscamente, empujándola ante él, fuera del edificio y sobre el pavimento del Bulevar Hollywood.

–Entraré –dijo Heather–, si me das un Si mayor natural. Recuerda cuando...

Jason la empujó al interior de la aeronave, entró tras ella y se volvió para ayudar a Al Bliss a cerrar la puerta. Luego ascendieron hacia el cielo nocturno cubierto de nubes. El gran cielo resplandeciente de Los Ángeles, tan brillante como si fuera mediodía. Y eso es para ti y para mí. pensó Jason. Para los dos. Será siempre como ahora, porque somos seises. Los dos. Lo sepan *ellos* o no.

La situación tenía mucho de humor negro. El conocimiento que ambos tenían y que nadie compartía. Porque así había sido proyectado. Y siempre había sido así..., incluso ahora, después de que todo había salido tan mal. Mal, al menos, a los ojos de los proyectistas. Los grandes sabios que se habían equivocado en sus previsiones. Hacía cuarenta y cinco hermosos años, cuando el mundo era joven y las gotas de lluvia se pegaban aún a los ahora desaparecidos cerezos japoneses en Washington, D.C., y el olor a primavera había planeado sobre el noble experimento. Por un corto tiempo, de todos modos.

–Vamos a Zurich –dijo Jason en voz alta.

–Estoy demasiado cansada –dijo Heather–. De todas maneras, ese lugar me aburre.

–¿La casa? –preguntó Jason con tono de incredulidad.

Heather la había escogido para ellos dos, y durante años

enteros se habían refugiado allí... huyendo especialmente de los fans a los que Heather odiaba tanto.

Heather suspiró y dijo:

–La casa. Los relojes suizos. El pan. Los guijarros. La nieve en las colinas.

–Montañas –dijo Jason, sintiéndose todavía agraviado–. Bueno, qué diablos –añadió–. Iré sin ti.

–¿Y llevarás a alguien contigo?

Sencillamente, Jason no podía comprender.

–¿*Quieres* que lleve a alguien conmigo? –preguntó.

–Tú y tu magnetismo. Tu encanto. Podrás llevar a cualquier chica del mundo a aquella gran cama de bronce. Aunque no es que seas mucha cosa una vez estés allí.

–¡Dios!–dijo Jason, enojado–. Otra vez eso. Siempre las mismas viejas historias. Y las únicas que son pura fantasía: son las únicas a las que te aferras.

Heather se volvió a mirarle y dijo ávidamente:

–Sabes cuál es tu aspecto, incluso ahora, a la edad que tienes. Eres guapo. Treinta millones de personas se te comen con los ojos una hora a la semana. No están interesadas en tu manera de cantar, sino en tu incurable belleza física.

–Lo mismo podría decirse de ti –replicó Jason cáusticamente.

Se sentía cansado, y anhelaba la intimidad y el aislamiento que anidaban allí en las afueras de Zurich, esperando silenciosamente a que los dos regresaran una vez más. Y era como si la casa deseara que se quedaran, no por una noche o por una semana de noches, sino para siempre.

–Yo no aparento mi edad –dijo Heather.

Jason la miró, luego la estudió. Masas de cabello rojo, piel pálida con unas cuantas pecas, una recia nariz romana. Enormes ojos color violeta. Heather estaba en lo cierto: no aparentaba su edad. Desde luego, ella nunca había participado en la red transexual de la rejilla telefónica como lo había hecho él. Aunque en realidad lo había hecho muy poco. De modo que no estaba viciado, y en su caso no se habían producido lesiones cerebrales ni envejecimiento prematuro.

–Eres una persona maravillosamente hermosa –dijo Jason, como a regañadientes.

–¿Y tú? –dijo Heather.

Jason no podía dejarse impresionar por esto. Sabía que conservaba su carisma, la fuerza que habían inscrito en sus cromosomas hacía cuarenta y dos años. De acuerdo, sus cabellos griseaban, y se los teñía. Y aquí y allá habían aparecido unas cuantas arrugas. Pero...

–Mientras conserve mi voz –dijo–, no habrá problemas para mí. Tengo lo que quiero. Estás equivocada acerca de mí: la culpa la tiene tu retraimiento, el culto a tu propia personalidad. De acuerdo, si no quieres que vayamos a la casa de Zurich, ¿adónde quieres ir? ¿A tu casa? ¿A mi casa?

–Querría estar casada contigo –dijo Heather–, de modo que no se tratara de mi casa contra tu casa, sino de «nuestra» casa. Y yo dejaría de cantar y tendría tres hijos, todos parecidos a ti.

–¿Incluso las niñas?

–Todos serían varones –dijo Heather.

Jason se inclinó y la besó en la nariz. Heather sonrió, cogió su mano y le dio unos golpecitos cariñosos.

–Esta noche podemos ir a cualquier parte –dijo él en voz baja, firme y controlada, casi una voz paterna; por regla general daba resultado con Heather, cuando fallaban todos los demás recursos.

A menos, pensó Jason, de que me marche solo. Heather temía aquello. A veces, en sus peleas, especialmente en la casa de Zurich, donde nadie podía oírles ni inmiscuirse, Jason había visto el miedo en el rostro de Heather. La idea de estar sola la abrumaba; él lo sabía; ella lo sabía; el miedo era parte de la realidad de su vida en común. No de su vida pública. Para ellos, como auténticos profesionales del espectáculo, el control completo y racional era algo indispensable: por muy furiosos y enojados que estuvieran, actuaban juntos de modo impecable en el gran mundo adorador de espectadores, redactores de cartas y ruidosos fans. Ni siquiera un odio apasionado podría cambiar aquello.

Pero entre ellos no podía existir el odio. Tenían demasiadas cosas en común. Recibían demasiado el uno del otro. Incluso el mero contacto físico, como ahora, sentados juntos en el Rolls volador, les hacía felices. Mientras durase, en cualquier caso.



Jason introdujo una mano en el bolsillo interior de su traje de seda auténtica hecho a medida –uno de quizá diez en todo el mundo– y sacó un fajo de billetes. Un gran número de ellos, comprimidos en un abultado paquete.

–No deberías llevar tanto dinero encima –dijo Heather en el tono que tanto disgustaba a Jason, el tono de una madre gruñona.

–Con esto –dijo Jason, y agitó el fajo de billetes– podemos comprar nuestro camino a cualquier...

–Si algún estudiante incontrolado, fugado anoche de la madriguera de un campus, no te corta la mano por la muñeca y desaparece con tu mano y tu llamativo dinero. Siempre has sido llamativo. Ostentosamente llamativo. ¡Mira tu corbata! ¡Mírala!

Heather había levantado la voz ahora; su furor parecía sincero.

–La vida es corta –dijo Jason–. Y la prosperidad más corta todavía. –Pero volvió a guardar los billetes en el bolsillo interior de su americana y alisó el bulto que formaban en su traje, por lo demás impecable–. Quería comprarte algo con este dinero.

En realidad, la idea acababa de ocurrírsele; lo que había planeado hacer con el dinero era algo distinto: se proponía llevarlo a Las Vegas, a las mesas de blackjack. Como un seis que era, podía –y lo hacía– ganar siempre al blackjack; tenía ventaja sobre cualquiera, incluso sobre el que daba las cartas. Incluso, pensó taimadamente, sobre el amo del garito.

–Estás mintiendo –dijo Heather–. No querías comprarme nada; nunca lo haces, eres demasiado egoísta y siempre piensas en ti mismo. Con ese dinero comprarás alguna rubia y te irás a la cama con ella. Probablemente en nuestra casa de Zurich, la cual, no lo olvides, hace cuatro meses que no he visto. Puedo estar embarazada.

A Jason le impresionó que Heather dijera aquello, de todas las posibles réplicas que podían afluir a su conciencia. Pero había muchas cosas acerca de Heather que no comprendía; con él, lo mismo que con sus fans, ella se reservaba muchos detalles acerca de sí misma.

Pero, a través de los años, Jason había aprendido también muchas cosas sobre ella. Sabía, por ejemplo, que en 1982 ha-

bía tenido un aborto, un secreto muy bien conservado. Sabía que en cierta época había estado casada ilegalmente con el jefe de una comuna estudiantil, y que por espacio de un año había vivido en las madrigueras de la Universidad de Columbia, junto con todos los estudiantes malolientes y barbudos obligados a vivir para siempre en el subsuelo por los pols y los nacs, la policía y la guardia nacional que rodeaban todos los campus, impidiendo que los estudiantes accedieran a la sociedad como otras tantas ratas negras abandonando un barco en trance de hundimiento.

Y sabía que hacía un año la habían detenido por tenencia de drogas. Sólo la intervención de su rica y poderosa familia había logrado sacarla de *aquel* atolladero: su dinero, su carisma y su fama no habían servido de nada en el momento de enfrentarse con la policía.

Heather se había sentido muy afectada por todos aquellos acontecimientos, pero ahora estaba perfectamente, Jason lo sabía. Como todos los seises, Heather poseía una enorme capacidad de recuperación. Una capacidad que había sido implantada cuidadosamente en cada uno de ellos. Entre otras muchas cosas. Cosas que ni siquiera él, a sus cuarenta y dos años, conocía del todo. Y también él había tenido problemas. La mayor parte de ellos en forma de cadáveres, los restos de otros presentadores a los que había pisoteado en su larga escalada hacia la cumbre.

—Esas corbatas «llamativas»... —empezó a decir, pero en aquel momento sonó el timbre del teléfono de la aeronave. Lo cogió. Probablemente era Al Bliss con los índices de audiencia del programa de aquella noche.

Pero no era Bliss. Una voz femenina llegó a sus oídos.

—¿Jason? —inquirió la voz.

—Sí —dijo Jason. Cubrió con la mano el micrófono y se volvió hacia Heather—. Es Marilyn Mason. ¿Por qué diablos le daría el número de mi aeronave?

—¿Quién diablos es Marilyn Mason? —preguntó Heather.

—Luego te lo diré. —Retiró la mano del micrófono—. Sí, querida, estás hablando con Jason en persona. ¿Qué ocurre? Pareces muy excitada. ¿Te han despedido otra vez? —Le guiñó un ojo a Heather y sonrió aviesamente.

–Líbrate de ella –dijo Heather.

Jason cubrió de nuevo el micrófono y dijo:

–Lo haré; lo estoy haciendo; ¿no te das cuenta? –Y, a través del micrófono–: De acuerdo, Marilyn. Tira ya de la manta: te escucho.

Por espacio de dos años, Marilyn Mason había sido su protegida, por así decirlo. Ella quería ser cantante –ser famosa, rica, amada– como él. Un día se había presentado en el estudio durante un ensayo, y Jason había advertido su presencia: carita tensa y preocupada, botas de media caña, falda demasiado corta; Jason lo había captado todo con una sola ojeada, como de costumbre, y, una semana más tarde le había conseguido una audición con Discos Columbia, recomendándola a su jefe de producción.

Durante aquella semana habían ocurrido muchas cosas, ninguna de las cuales tenía nada que ver con el canto.

Marilyn dijo estridentemente a su oído:

–Tengo que verte. En caso contrario me suicidaré y la culpa recaerá sobre ti. Para el resto de tu vida. Y le diré a esa Heather Hart que te has estado acostando conmigo.

En su fuero interno, Jason suspiró. Diablos, estaba cansado, agotado por su programa de una hora de duración, obligado a sonreír, sonreír, sonreír.

–Me estoy dirigiendo a Suiza para pasar allí el resto de la noche –dijo en tono firme, como si le hablara a una niña histérica. Habitualmente, cuando Marilyn sufría una de sus crisis acusatorias, casi paranoicas, esto daba resultado. Pero no esta vez, naturalmente.

–Tardarás cinco minutos en llegar aquí con esa máquina Rolls de un millón de dólares –replicó Marilyn–. Sólo quiero hablar contigo cinco segundos. Tengo que decirte algo muy importante.

Probablemente que está embarazada, se dijo Jason a sí mismo. En alguna parte a lo largo de la línea, intencionadamente –quizá de un modo fortuito–, había olvidado tomar su píldora.

–¿Qué puedes decirme en cinco segundos que ya no sepa? –inquirió secamente–. Dímelo ahora.

–Te quiero aquí conmigo –dijo Marilyn con su habitual

falta de consideración—. Tienes que venir. Hace seis meses que no te he visto, y durante ese tiempo he pensado mucho acerca de nosotros. Y en particular acerca de aquella última audición.

—De acuerdo —dijo Jason, sintiéndose amargado y resentido. Ésta era su recompensa por tratar de abrirle un camino en el mundo del arte a alguien que, como Marilyn, no tenía el menor talento. Colgó ruidosamente el teléfono, se volvió hacia Heather y dijo—: Me alegro de que no te hayas tropezado nunca con ella; es una...

—Boñiga de vaca —dijo Heather—. Y no me he «tropezado nunca con ella» por la sencilla razón de que tú te has asegurado de que eso no pudiera ocurrir...

—En cualquier caso —dijo Jason mientras hacía girar la aeronave—, le conseguí no una, sino dos audiciones, y las desaproveché. Y, para conservar su propia estimación, quiere atribuirme a mí su fracaso. ¿Te imaginas el cuadro?

—¿Tiene buena figura? —preguntó Heather.

—He de admitir que sí. —Jason sonrió, y Heather se echó a reír—. Ya conoces mi debilidad. Pero yo cumplí mi parte del trato: le conseguí una audición..., *dos* audiciones. La última fue hace seis meses, y estoy seguro de que aún no ha digerido el fracaso. Me pregunto qué querrá decirme.

Manipuló los controles para señalarle al piloto automático la dirección del edificio en el que se encontraba el apartamento de Marilyn, con su pequeña pero adecuada pista de aterrizaje en el tejado.

—Probablemente está enamorada de ti —dijo Heather mientras Jason estacionaba la aeronave sobre su cola y soltaba a continuación la escalerilla de descenso.

—Como otros cuarenta millones de mujeres —dijo Jason alegremente.

Heather, retrepándose en el asiento acolchado, dijo:

—No tardes demasiado o me largaré sin ti.

—¿Dejándome en poder de Marilyn? —dijo Jason. Los dos se echaron a reír—. Volveré en seguida. —Cruzó la pista hasta el ascensor y pulsó el botón de llamada.

Cuando entró en el apartamento de Marilyn vio de inmediato que la muchacha se hallaba en un estado anormal. Tenía el rostro contraído y el cuerpo tan encogido que parecía como si intentara ingerirse a sí misma. Y sus ojos. Tratándose de mujeres muy pocas cosas impresionaban a Jason, pero lo que estaba viendo le impresionó. Los ojos de Marilyn, completamente redondos y con unas enormes pupilas, le taladraban mientras la muchacha permanecía silenciosamente de pie ante él, con los brazos doblados, rígida como el hierro.

—Empieza a hablar —dijo Jason, buscando a ciegas el asidero de la ventaja. Habitualmente, de hecho virtualmente siempre, podía controlar una situación en la que estuviera involucrada una mujer; era, por así decirlo, su especialidad. Pero esto... Se sintió incómodo. Y Marilyn seguía sin decir nada. Su rostro, bajo capas de maquillaje, estaba completamente exangüe, como si fuera un cadáver animado—. ¿Quieres otra audición? —preguntó Jason—. ¿Es eso?

Marilyn agitó negativamente la cabeza.

—De acuerdo; dime de qué se trata —continuó Jason, intranquilo. Sin embargo, no dejó que su intranquilidad se reflejara en su voz: era demasiado sagaz, tenía demasiada experiencia como para permitir que la muchacha se diera cuenta de su incertidumbre. En un enfrentamiento con una mujer hay casi un noventa por ciento de engaño por ambas partes. No importaba lo que uno hacía, sino *cómo* lo hacía.

—Tengo algo para ti —dijo Marilyn. Dio media vuelta y desapareció de su vista en la cocina. Jason echó a andar tras ella.

—Sigues reprochándome la falta de éxitos de las dos... —empezó a decir.

—Aquí lo tienes —dijo Marilyn. Cogió una bolsa de plástico del fregadero, la sostuvo en alto unos instantes, con el rostro tan pálido como antes, los ojos desorbitados y sin parpadear, y luego abrió la bolsa, la sacudió y la adelantó rápidamente hacia él.

Todo ocurrió muy de prisa. Jason retrocedió instintivamente, pero con demasiada lentitud y demasiado tarde. La gelatinosa esponja Callista, con sus cincuenta tubos de alimentación, se pegó a él y se ancló en su pecho. Notó que los tubos de alimentación penetraban en él.

Saltó hacia los armarios de la cocina, aferró una botella medio llena de whisky, desenroscó el tapón con dedos ágiles y vertió el licor sobre la gelatinosa criatura. Sus pensamientos se habían vuelto lúcidos, incluso brillantes; no se dejó vencer por el pánico, sino que siguió vertiendo whisky sobre la cosa.

Durante unos instantes no ocurrió nada. Ganado por el pánico, Jason logró dominarse y no huir. Luego la cosa burbujeó, se encogió y cayó de su pecho al suelo. Había muerto.

Sintiéndose débil, Jason se sentó en la mesa de la cocina. Se descubrió de repente a sí mismo luchando contra la inconsciencia: algunos de los tubos permanecían aún en su interior, y estaban vivos.

–No está mal –consiguió decir–. Casi acabas conmigo, miserable tramposa.

–Sin casi –dijo Marilyn Mason con voz inexpresiva–. Algunos de los tubos de alimentación están aún dentro de ti, y tú lo sabes; puedo verlo en tu cara. Y una botella de whisky no va a sacarlos de ahí. *Nada* va a sacarlos de ahí.

En aquel momento Jason se desmayó. Vio vagamente cómo el suelo verde y gris ascendía hacia él, y luego se hizo el vacío. Un vacío en el que ni siquiera él estaba presente.

Dolor. Abrió los ojos, palpó su pecho en un movimiento reflejo. Su traje de seda hecho a medida había desaparecido; llevaba ropas de algodón de hospital, y estaba tendido boca arriba sobre una camilla con ruedas.

–¡Dios! –murmuró, mientras los dos enfermeros empujaban rápidamente la camilla a lo largo del pasillo.

Heather Hart, inclinada sobre él, estaba ansiosa y preocupada; pero, lo mismo que él, conservaba el pleno dominio de sus sentidos.

–Supe que algo iba mal –dijo rápidamente mientras los enfermeros introducían a Jason en una habitación–. De modo que no te esperé en la aeronave; bajé detrás de ti.

–Probablemente pensaste que estaríamos en la cama, Marilyn y yo –dijo Jason débilmente.

–El médico –continuó Heather– ha dicho que en otros

quince segundos hubieras sucumbido a la violación somática, como él la llamó. La penetración de esa *cosa* en ti.

–Acabé con ella –dijo Jason–. Pero no acabé con todos los tubos de alimentación. Era demasiado tarde.

–Lo sé –dijo Heather–. El médico me lo ha dicho. Están planeando una intervención quirúrgica lo antes posible; tal vez dé resultado, si los tubos no han penetrado demasiado.

–Me porté bien en la crisis –gruñó Jason; cerró los ojos y soportó el dolor–. Pero no lo bastante bien. No lo suficiente. –Abrió los ojos y vio que Heather estaba llorando–. ¿Tan mal están las cosas? –le preguntó. Alzó el brazo y tomó la mano de Heather. Sintió la presión de su amor mientras ella apretaba sus dedos, y luego todo desapareció. Excepto el dolor. Pero no quedó nada más, ni Heather, ni hospital, ni enfermeros, ni luz. Ni sonido. Fue un momento eterno, y le absorbió completamente.

## 2

La luz volvió a filtrarse y llenó sus ojos cerrados con una membrana de iluminada rojez. Abrió los ojos, levantó la cabeza para mirar a su alrededor. Buscando a Heather o al médico.

Estaba solo en la habitación. Nadie más. Una cómoda con un agrietado espejo de fantasía, feos y anticuados apliques sobresaliendo de las paredes saturadas de grasa y, desde alguna parte cercana, el sonido de un televisor.

No estaba en un hospital.

Y Heather no estaba con él; experimentó su ausencia, el vacío absoluto de todo a causa de ello.

*Dios, pensó. ¿Qué ha pasado?*

El dolor en su pecho se había desvanecido con todo lo demás. Apartó la manchada manta de algodón con mano temblorosa, se incorporó, se frotó la frente reflexivamente, se esforzó en recobrar su vitalidad.

Esto es un cuarto de hotel, se dijo. Un sucio hotel barato, infestado de chinches. Sin cortinas ni cuarto de baño. Como aquellos en los que había vivido hacía muchos años, al principio de su carrera, cuando era un desconocido y no tenía dinero, en los días oscuros que siempre procuraba apartar de su memoria.

Dinero. Palpó su ropa y descubrió que ya no llevaba la bata de hospital sino, muy arrugado, su traje de seda hecho a medida. Y, en el bolsillo interior de la chaqueta, el fajo de billetes, el dinero que había planeado llevarse a Las Vegas.

Al menos tenía aquello.



Miró rápidamente a su alrededor en busca de un teléfono. No, desde luego que no. Pero habría uno en el vestíbulo. Sin embargo, ¿a quién podía llamar? ¿A Heather? ¿A Al Bliss, su agente? ¿A Mory Mann, el productor de su programa de televisión? ¿A su abogado, Bill Wolfer? O a todos ellos quizá, lo antes posible.

Logró ponerse trabajosamente en pie; se tambaleó, maldiciendo por motivos que no comprendía. Un instinto animal le sostuvo; se preparó mentalmente, preparó su fuerte cuerpo de seis para la lucha. Pero no podía discernir al antagonista, y esto le asustó. Por primera vez, hasta donde alcanzaban sus recuerdos, sintió pánico.

¿Ha pasado mucho tiempo?, se preguntó a sí mismo.

No podía saberlo; no tenía ninguna noción que le permitiera intuirlo. Era de día. Había un cierto número de sutiles zumbando y revoloteando en los cielos más allá del sucio cristal de la ventana. Consultó su reloj; marcaba las diez y media. ¿Y qué? Podían haber transcurrido mil años, por lo que él sabía. Su reloj no podía ayudarle.

Pero el teléfono sí lo haría. Salió al pasillo saturado de polvo, encontró la escalera, bajó peldaño a peldaño, agarrándose a la barandilla, hasta que se halló en el deprimente y vacío vestíbulo con sus tapizadas sillas pasadas de moda.

Afortunadamente tenía moneda fraccionaria. Introdujo una moneda de oro de un dólar en la ranura, marcó el número de Al Bliss.

–Agencia Artística Bliss –dijo la voz de Al.

–Escucha –dijo Jason–. No sé dónde estoy. Por el amor de Dios, ven a sacarme de aquí; llévame a alguna otra parte. ¿Comprendes, Al? ¿Comprendes?

Silencio en el teléfono. Y luego, con una voz lejana e indiferente, Al Bliss dijo:

–¿Con quién hablo?

Jason gritó su respuesta.

–No le conozco a usted, señor Jason Taverner –dijo Al Bliss con su voz más neutra–. ¿Está seguro de no haberse equivocado de número? ¿Con quién desea hablar?

–Contigo. Con Al. Con Al Bliss, mi agente. ¿Qué pasó en el hospital? ¿Cómo he llegado aquí? ¿No lo sabes? –Su pánico

remitió a medida que se obligaba a controlarse a sí mismo; logró que sus palabras surgieran razonables—. ¿Puedes ponerme en contacto con Heather?

—¿Con la señorita Hart? —dijo Al, con una risita burlona. No contestó a la petición.

—¡Has dejado de ser mi agente! —estalló Jason—. Para siempre. No importa cuál sea la situación. Estás despedido.

Al Bliss rió de nuevo burlonamente, y luego la comunicación se interrumpió con un clic: Al Bliss había colgado.

Mataré a ese hijo de puta, se dijo Jason a sí mismo. Haré pedazos a ese seboso y calvo bastardo.

¿Qué es lo que trata de hacerme? No lo entiendo. ¿Qué motivo de agravio puede tener contra mí? ¿Qué diablos le he hecho yo? Ha sido mi amigo y mi agente por espacio de diecinueve años. Y nunca ha ocurrido nada como esto.

Llamaré a Bill Wolfer, decidió. Siempre está en su oficina o en contacto con ella; hablaré con él, y descubriré qué es lo que está pasando. Introdujo un segundo dólar de oro en la ranura y marcó de memoria el número.

—Wolfer y Blaine, abogados —dijo la voz de la recepcionista.

—Quiero hablar con Bill —dijo Jason—. Soy Jason Taverner. Usted ya me conoce.

—El señor Wolfer está en el Palacio de Justicia —dijo la recepcionista—. ¿Desea hablar con el señor Blaine, o prefiere que el señor Wolfer le llame a usted cuando regrese a la oficina a última hora de la tarde?

—¿Sabe usted quién soy? —dijo Jason—. ¿Sabe quién es Jason Taverner? —Sin darse cuenta había alzado el tono de su voz. Recuperó el control sobre ella con un gran esfuerzo, pero no pudo evitar que sus manos temblaran; de hecho, temblaba todo su cuerpo.

—Lo siento, señor Taverner —dijo la recepcionista—. No puedo hablar en nombre del señor Wolfer ni...

—¿Ve usted la televisión? —insistió Jason.

—Sí.

—¿Y no ha oído hablar de mí? ¿Del *Jason Taverner Show*, los martes a las nueve de la noche?

—Lo siento, señor Taverner. Realmente debe hablar usted directamente con el señor Wolfer. Deme el número del telé-

fono desde el cual está llamando, y me ocuparé de que él le llame a usted hoy mismo.

Jason colgó.

Estoy loco, pensó. O ella está loca. Ella y Al Bliss, ese hijo de puta. Se apartó del teléfono con paso vacilante y se sentó en una de las viejas sillas tapizadas. Le alivió sentarse; cerró los ojos y respiró lenta y profundamente. Y reflexionó.

Tengo cinco mil dólares en billetes de curso legal de alta denominación, se dijo a sí mismo. De modo que no estoy completamente indefenso. Y esa cosa ha desaparecido de mi pecho, incluidos sus tubos de alimentación. Tienen que haberme los extraído en el hospital. De modo que al menos estoy vivo; esto es un motivo de alegría para mí. ¿Ha habido algún intervalo de tiempo?, se preguntó a sí mismo. ¿Dónde habrá un periódico?

Encontró un *Times* de Los Ángeles sobre una silla contigua. Leyó la fecha: 12 de octubre de 1988. Ningún intervalo de tiempo. Era el día siguiente al de su programa, y el día en que Marilyn lo había enviado, moribundo, al hospital.

Se le ocurrió una idea. Buscó en las secciones del periódico hasta que encontró la columna de espectáculos. Actuaba todos los días por las noches en el Salón Persa del Hollywood Hilton desde hacía tres semanas..., menos los martes, por supuesto, a causa de su programa en la televisión.

El anuncio que la dirección del hotel había estado insertando durante las tres últimas semanas no aparecía en ninguna parte de la página. Tal vez lo han trasladado a otra página, pensó sin demasiada convicción. De todos modos, repasó cuidadosamente aquella sección del periódico. No pudo encontrar su nombre. Y su rostro había estado apareciendo en la sección de espectáculos de la mayoría de los periódicos por espacio de diez años. Sin un eclipse.

Haré otra tentativa, decidió. Probaré con Mory Mann. Sacó su cartera para buscar el trozo de papel en el cual había anotado el número de Mory.

Su cartera abultaba muy poco.

Todas sus tarjetas de identificación habían desaparecido. Las tarjetas que le permitían seguir con vida. Las tarjetas que le permitían cruzar barricadas de pols y nacs sin que le acri-

billaran a tiros o le internaran en un campo de trabajos forzados.

No puedo vivir ni dos horas sin mi documento de identidad, se dijo. Sin él, ni siquiera me atrevería a salir de este ruinoso hotel y pisar la acera pública. Supondrían que soy un estudiante o un profesor fugado de uno de los campus. Pasaría el resto de mi vida como un esclavo, realizando pesadas tareas manuales. Soy lo que ellos llaman una *nopersona*.

De modo que lo esencial, pensó, es permanecer vivo.

Al diablo con Jason Taverner como *showman*; me ocuparé de eso más tarde.

Pudo sentir dentro de su cerebro sus seis poderosos constituyentes moviéndose ya en foco. Yo no soy como los otros hombres, se dijo a sí mismo. Yo saldré de esto, sea lo que sea. De un modo u otro.

Por ejemplo, se dijo, con todo este dinero que llevo encima puedo llegar a Watts y comprar documentos de identidad falsificados. Una cartera llena de ellos. Por lo que he oído decir, tiene que haber un centenar de falsificadores que se ganan la vida con eso. Pero nunca pensé que iba a tener que utilizarlos. No Jason Taverner. No un *showman* con una audiencia de treinta millones.

Entre esos treinta millones de personas, se preguntó a sí mismo, ¿no habrá ninguna que me recuerde? Si «recordar» es la palabra adecuada. Estoy hablando como si hubiera transcurrido muchísimo tiempo, como si ahora yo no fuera más que un anciano, una vieja gloria alimentándose de éxitos lejanos. Y éste no es mi caso.

Volvió al teléfono, buscó en el listín el número del centro de control del registro de nacimientos de Iowa; con varias monedas de oro consiguió comunicarse al fin, tras mucha demora.

—Me llamo Jason Taverner —le dijo al empleado—. Nací en Chicago, en el Memorial Hospital, el 16 de diciembre de 1946. ¿Tendría la bondad de comprobarlo y extender una copia de mi certificado de nacimiento? La necesito para un empleo que voy a solicitar.

—Un momento, por favor. —El empleado soltó el teléfono sin cortar la comunicación. Jason esperó.

Al cabo de unos instantes, el empleado habló de nuevo:  
-¿Señor Jason Taverner, nacido en el condado de Cook el 16 de diciembre de 1946?

-Sí -dijo Jason.

-No tenemos ningún registro de nacimiento de tal persona en esa fecha y lugar. ¿Está usted absolutamente seguro de los datos, señor?

-¿Sugiere usted que no conozco mi nombre y cuándo y dónde nací? -La voz de Jason logró de nuevo escapar a su control, pero esta vez no hizo ningún esfuerzo por dominarla; el pánico le invadió-. Gracias -dijo, y colgó, temblando violentamente ahora. Temblando en su cuerpo y en su mente.

*No existo*, se dijo a sí mismo. No existe ningún Jason Taverner. Nunca existió y nunca existirá. Al diablo con mi carrera; sólo quiero vivir. Si alguien o algo desea borrar mi carrera, de acuerdo; puede hacerlo. Pero ¿no me será permitido existir? ¿Ni siquiera he nacido?

Algo se removió en su pecho. No me han extraído del todo los tubos de alimentación, pensó asustado; algunos de ellos continúan creciendo y alimentándose dentro de mí. Esa maldita trampa de una chica sin talento. Espero que acabe en el arroyo ofreciendo su cuerpo por una miseria.

Después de lo que hice por ella: conseguirle aquellas dos audiciones con gente importante. Pero, diablos... me acosté un montón de veces con ella. Supongo que esto equilibra la balanza.

Subió de nuevo a su habitación y se miró largo rato al espejo de fantasía manchado por las moscas. Su aspecto no había cambiado, aunque necesitaba afeitarse. No había envejecido. No tenía más arrugas, ningún cabello gris visible. Los mismos hombros y bíceps. La cintura sin un gramo de grasa, que le permitía llevar los ajustados trajes masculinos que estaban de moda.

Y eso es importante para tu imagen, se dijo a sí mismo. El tipo de trajes que puedes llevar, especialmente los que modelan la cintura. Debo de tener cincuenta, pensó. O al menos los tenía. ¿Dónde están ahora?, se preguntó. El pájaro ha vo-

lado y, ¿en qué prado canta ahora? Una frase romántica surgida del pasado, de su época escolar. Olvidada hasta aquel momento. Cuán absurdo, pensó, lo que acude a nuestra mente cuando nos encontramos en una situación inesperadamente ominosa. Ideas triviales, a veces.

Si los deseos fueran caballos, los mendigos podrían volar. Cosas así. Lo suficiente para volverle a uno loco.

Se preguntó cuántos puestos de control pols y nacs habría entre aquel mísero hotel y el falsificador de documentos de identidad más próximo en Watts. ¿Diez? ¿Trece? ¿Dos? Para mí, pensó, con uno es suficiente. Una patrulla rutinaria de tres agentes a bordo de un vehículo. Con su maldito sistema de radio conectándoles con la central de datos pol-nac de Kansas City, donde tenían los ficheros.

Se subió la manga de su camisa y examinó su antebrazo. Sí, allí estaba: su número de identidad tatuado. Su tarjeta somática, que debía llevar durante toda su vida y que sería enterrada finalmente con él en su tumba.

Bueno, los pols y nacs de la patrulla volante transmitirían el número de identidad a Kansas City, y luego... ¿qué? ¿Estaba su ficha todavía allí, o habría desaparecido también, como su certificado de nacimiento? Y, si no estaba allí, ¿qué significado atribuirían al hecho los burócratas pol-nac?

Un error de un funcionario. Alguien había archivado mal el microfilm que constituía su ficha. Ya aparecería. Algún día, cuando ya no importe, cuando haya pasado diez años en la Luna manejando un pico. Si la ficha no está allí, pensó, supondrán que soy un estudiante fugado, puesto que sólo los estudiantes no tienen fichas pol-nac; e incluso algunos de ellos, los importantes, los cabecillas, se encuentran en la misma situación.

Estoy en el fondo de la vida, pensó. Y ni siquiera puedo trepar hasta una mera existencia física. Yo, un hombre que ayer tenía una audiencia de treinta millones. Algún día, de algún modo, volveré a abrirme paso hasta ellos. Pero no ahora. Hay otras cosas que tienen primacía. Los huesos descarnados de la existencia con los que todo hombre nace: ni siquiera tengo eso. Pero lo conseguiré; un seis no es un ser vulgar. Ningún ser vulgar hubiera sobrevivido física ni psicológica-

mente a lo que me ha ocurrido a mí..., en especial a la incertidumbre.

Un seis, por encima de todas las circunstancias externas, prevalecerá siempre. Porque así es como estamos definidos genéticamente.

Salió de su habitación una vez más, bajó la escalera y se dirigió a la conserjería. Un hombre de mediana edad con un fino bigote estaba leyendo un ejemplar de la revista *Box*; no alzó la mirada, pero dijo:

–Sí, señor.

Jason sacó su fajo de billetes y dejó caer uno de quinientos dólares sobre el mostrador, delante del empleado. El empleado lo miró, y luego volvió a mirarlo, esta vez con los ojos muy abiertos. Después alzó cautelosamente la mirada, con una expresión interrogadora, hacia el rostro de Jason.

–Me han robado mis tarjetas de identidad –dijo Jason–. Este billete de quinientos dólares será suyo si puede presentarme a alguien capaz de reemplazarlas. Si va a hacerlo, hágalo ahora mismo; no puedo esperar.

Esperar a ser detenido por un pol o un nac, pensó.

Atrapado aquí, en este asqueroso hotel.

–... atrapado en la acera, delante de la entrada –dijo el empleado–. Soy un poco telépata. Sé que este hotel no es gran cosa, pero no tenemos chinches. En cierta ocasión tuvimos pulgas de arena marcianas, pero acabamos con ellas. –Cogió el billete de quinientos dólares–. Le presentaré a alguien que puede ayudarlo –dijo. Hizo una pausa, observando atentamente el rostro de Jason, y añadió–: Usted cree que es mundialmente famoso. Bueno, tiene que haber de todo.

–Vamos –dijo Jason con voz ronca–. No perdamos tiempo.

–Ahora mismo –dijo el empleado, y alargó la mano hacia su brillante chaqueta de plástico.